



ballería de San Bernardo. Decía el rey que esta licencia que tenían aquellos pueblos de mudar señores, era de mucho inconveniente y causa de grandes escándalos y revueltas. Suplicáronle algunos grandes fuese servido de no hacer novedad en este caso, por algunas razones que le representaron: á la verdad lo que principalmente les movía, no era el pró comun, sino su particular interes; así se quedaron en el estado que ántes. Despedidas las Córtes, el rey don Enrique envió su ejército á Navarra, como en ellas se acordára. Hizose la guerra algunos dias en aquel reino. Despues se convino con la reina gobernadora que aquellos pueblos sobre que era la diferencia se pusiesen en secreto y fieltad del sumo pontifice Gregorio XI, lemosin de nacion, que fué en el principio deste año elegido por papa, en lugar de su antecesor Urbano V. Este papa Gregorio ilustró asaz su nombre con la restitucion que hizo de la silla apostólica á su antiguo asiento de la ciudad de Roma. Entre los cardenales que crió, el primero fué D. Pero Gomez Barroso, arzobispo de Sevilla, que falleció el cuarto año adelante en la ciudad de Aviñon. Era este prelado natural de Toledo, y los años pasados tuvo el obispado de Sigüenza. Dió asimismo el capelo á D. Pedro de Luna, aragones, hombre de negocios, y que con sus muchas letras colmaba la nobleza de su linaje. Púsose en los conciertos que el legado del papa, cuya venida de cada dia se esperaba, fuese juez de todas las diferencias y pleitos que tenían Castilla y Navarra.

Tomó estos pueblos su fieltad un caballero navarro, que se decía Juan Ramirez de Arellano, muy obligado á D. Enrique por la merced que le hizo del señorío de los Cameros en remuneracion del gran servicio con que le obligó, cuando no le quiso entregar á los reyes de Aragon y de Navarra en las vistas de Uncastel ó de Sos. Hizo este caballero juramento y pleito homenaje de tener estos pueblos en nombre de su santidad, y de entregallos á aquel en cuyo favor se pronunciase la sentencia. Desta manera cesó por entónces la guerra entre Navarra y Castilla; sin embargo, poco despues el rey don Enrique fué á Búrgos, y envió su ejército á la frontera de Navarra, y contra lo capitulado se

apoderó de Salvatierra y de Santa Cruz de Campezo. Hecho que algunos excusaron, y decían que lo pudo hacer porque como estas villas de su voluntad se dieron al de Navarra, así él las podía ahora recibir que de su voluntad tomaban su voz, y se querían reducir á su servicio y obediencia. Logroño y Vitoria ni por fuerza ni de grado quisieron por entónces mudar opinion, sino permanecer y tenerse por el rey de Navarra.

Mayor era el miedo de la guerra que amenazaba de la parte del rey de Aragon, enemigo poderoso y que se tenía por ofendido. Á muchas ocasiones que se ofrecían para estar mal enojado, se allegó otra de nuevo, esto es la libertad que se dió al infante de Mallorca D. Jaime, rey de Nápoles, contra lo que el aragones deseaba, y tenía rogado por medio del arzobispo de Zaragoza, que no le diese libertad por ningun tratado que sobre ello le moviesen. Recelábase, y aún tenía por cierto que pretendería con las armas recobrar á Mallorca, como estado que fué de su padre. Por esta causa se trataron de aliar el aragones y el duque Juan de Alencastre para quitar el reino á D. Enrique; intentos que se resfriaron por una muy reñida guerra que á esta sazón se encendió entre los franceses é ingleses. Al rey de Aragon tenía eso mismo con cuidado la guerra de Cerdeña; además que se temía del infante de Mallorca no viniese con las fuerzas de Francia, do se hacían muchas compañías de gente de guerra, á conquistar el estado de Ruysellon: fama que corría hasta decirse cada dia que llegaba.

El papa Gregorio XI, deseoso de poner paz entre estos príncipes, envió á Aragon al cardenal de Cominge para que los concordase: venido, concertó se ratificase el compromiso que tenían hecho, y se pusieron graves penas contra el que quebrantase las treguas que para este efecto se concertaron en cuatro dias del mes de Enero del año de mil trescientos setenta y dos. Todavía el rey D. Enrique, por recelo que el papa no favoreciese en la sentencia más al rey de Aragon que á él, entretuvo la conclusion mucho tiempo con dilaciones que buscaba y procurar otros medios para la concordia. En estos dias el mismo rey de Castilla se puso so-



bre la ciudad de Tuy, y la tomó, que la tenían por el rey de Portugal Men Rodriguez de Sabinabria y otros foragidos de Castilla. Envió otrosí en ayuda del rey de Francia, para mostrarse grato de la que dél tenía recebida, doce galeras con su almirante Micer Ambrosio Bocanegra, capitan famoso y de ilustre sangre.

El almirante, juntado que se hobo con la armada de Francia, desbarató y venció la flota de los ingleses junto á Rochela: tomóles todos sus bajeles, que eran treinta y seis navíos, prendió al conde de Peñabroc, general de los ingleses, y á otros muchos señores y caballeros, y les tomó una grandísima cantidad de oro que llevaban para los gastos de la guerra que querían hacer en Francia. Lo cual todo juntamente con el general y los prisioneros, que eran sesenta caballeros de espuelas doradas y de timbre, envió á Búrgos al rey D. Enrique en señal de su victoria, que fué de las más señaladas que en aquel tiempo hobo en el mar Océano. Deste Ambrosio Bocanegra, primer almirante de Castilla, descíenden como de cepa los condes de Palma. La Rochela, que es una ciudad muy fuerte de Francia en Jantogne, y entónces se tenía por los ingleses, con esta victoria se entregó al rey de Francia, á causa que los ciudadanos, perdida la flota de los ingleses, tomaron las armas y echaron fuera la guarnicion que tenían dentro de la ciudad: derribaron asimismo un castillo que les labraron los ingleses, y levantaron banderas por Francia.

Tenía el rey de Aragon tres hijos en su mujer la reina doña Leonor, hija del rey de Sicilia: éstos eran el infante D. Juan, heredero del reino, y D. Martin y doña Costanza, la que arriba dijimos casó con D. Fadrique, rey de Sicilia. En el mes de Junio deste año se celebraron las bodas del infante D. Martin con la condesa doña María de Luna, única heredera del conde D. Lope de Luna. Llevó en dote los estados de Luna y de Segorbe, y el rey, padre dél, le dió más la baronía de Ejerica, con título de condado, y poco despues le hizo condestable del reino. El infante D. Juan desposó con doña Martha, hermana del conde de Armeñaque, con dote de ciento y cincuenta mil fran-

cos: deste matrimonio nació la infanta doña Juana, que casó adelante con Matheo, conde de Fox. En veinte y dos dias del mes de Agosto á D. Bernardino de Cabrera, nieto de D. Bernardo de Cabrera, hijo de su hijo el conde de Osona, que por este tiempo falleció, le restituyó el rey el estado que era de su abuelo, excepto la ciudad de Vique con una legua en contorno. Túvose lástima á una nobilísima casa como ésta, y al rey y á la reina remordia la conciencia de la injusta muerte de tan gran señor y buen caballero como fué D. Bernardo.

Entre Castilla y Portugal se volvió á encender la guerra con mayor cólera y peligro que ántes, por ocasion que los portugueses tomaron ciertas naves vizcaínas que iban cargadas de hierro y acero, y de otras mercaderías de las que lleva aquella provincia. No se sabe qué fuese la causa por que los portugueses rompíesen la guerra. Á los foragidos de Castilla, que eran muchos, por ventura pesaba de la paz, y temían ser en algun concierto entregados á su señor, como se hiciera en tiempo del rey don Pedro. Hallábase á la sazón el rey D. Enrique en Zamora, dende envió su embajador á Portugal á que pidiese la restitucion de los navíos, emienda y satisfaccion de los daños, con órden de denunciarles la guerra si no lo quisiesen hacer. Destos principios se vino á las armas. D. Alonso, hijo bastardo del rey de Castilla, fué despachado para que diese guerra á Portugal por la parte de Galicia y cercase á Viena: al almirante Bocanegra se dió órden de que armase doce galeras en Sevilla, y fuese con ellas á correr la costa de Portugal.

Tenía D. Enrique buena acasion para hacer alguna cosa notable, por estar el rey D. Fernando mal avenida con los de su reino. Por no perder esta oportunidad dejó en Zamora el caruaje que le podía embarazar, y entró en Portugal poderosamente destruyendo los campos, robando los ganados y quemando los lugares y aldeas que topaba. Tomó las villas de Almoyda, Panel, Cillorico y Linares. Esto fué en los postreros dias deste año. En esto tuvo cartas del cardenal Guido de Boloña, que era llegado á Castilla por legado del papa Gregorio á poner paz entre él y el rey de Portugal. Envióle don



Enrique á rogar le esperase en Guadalajara, do quedó la reina. Replicóle el cardenal que no era justo estarse él quedo sin hacer diligencia en aquello para que el papa le mandaba, que era estorbar la guerra que tan trabada veia: con esto se dió priesa á caminar hasta que llegó á Ciudad-Rodrigo con intento de hablar á ambos los reyes.

En el entretanto Portugal se abrasaba en guerra y era miserablemente destruido, ca en principio del año de mil trescientos setenta y tres el rey D. Enrique tomó por fuerza de armas y forzó la ciudad de Viseo, que se entien- de es la que antiguamente se llamaba Vico Acuario: de allí dió vista á la ciudad de Coimbra; no le pareció detenerse en cercalla, ántes se determinó de ir en busca de su enemigo, que tenía nueva alojaba con su ejército en Santaren. Quisiera mucho venir con él á las manos y darle la batalla; pero aunque llegó cerca del pueblo, no osó el portugues salir de los muros por no tener suficiente ejército para poder hacer jornada, ni tampoco se fiaba de la voluntad de sus soldados. Sabia que tenía á muchos descontentos, en particular su hermano D. Donís se era pasado á Castilla por medio de Diego Lopez Pacheco, caballero portugues, al cual, en remuneracion de haber hecho lo mismo, le hizo el rey merced de Béjar. Éste persuadió al infante D. Donís, que vió andaba congojado y desabrigo, hiciese lo que él, y con esto se vengase de los agravios que de su hermano tenía recibidos.

Visto, pues, que el rey de Portugal esquivaba la batalla, el de Castilla pasó á Lisboa. Luégo que llegó, se apoderó de los arrabales de la ciudad, que entónces no estaban cercados, en que los soldados pusieron fuego á muy ricos edificios: la parte alta de la ciudad, que llamaban la villa, era fuerte y bien cercada, y tenía dentro gente valerosa, que la defendió esforzadamente, que fué causa que D. Enrique no la pudo ganar, pero quemó muchos navíos que surgían en el puerto, otros tomó el armada de Castilla, que por mandado del rey era allí venida; fueron muchos los cautivos que prendieron y grande el despojo que se hobo. En este medio tiempo el cardenal legado no reposaba, ha-

blaba muchas veces al un rey y al otro, sin excusar ningun trabajo, ni el riesgo en que ponía su salud con tantos caminos como hacia. Tanta diligencia puso, que en veintiocho dias del mes de Marzo los reyes y el legado se hablaron en el rio Tajo en una barca, junto á Santaren, y se concertaron debajo de las condiciones siguientes: que el rey de Portugal, dentro del término que señalaron, echase de su reino los foragidos de Castilla, que serian como quinientos caballeros; que los pueblos tomados por ambas las partes en aquella guerra se restituyesen; que doña Beatriz, hermana del rey de Portugal, casase con D. Sancho, hermano del rey de Castilla y conde de Alburquerque, y doña Isabel, hija natural del mismo rey de Portugal, casase con D. Alonso, conde de Gijon, hijo bastardo del rey D. Enrique. Estas fueron las condiciones con que se hicieron las paces: el rey D. Fernando dió ciertos rehenes para seguridad que cumpliria lo capitulado.

Celebráronse luégo en Santaren las bodas de D. Sancho y de doña Beatriz; doña Isabel se puso en poder del rey D. Enrique, que á causa de su edad de solos ocho años, no podia efectuarse el matrimonio. Compuestas en esta forma las diferencias que estos principes tenían, hechos amigos se partieron de Santaren; el rey D. Enrique volvió toda la fuerza de la guerra contra Navarra, y con su ejército fué á la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, para entrar por aquella parte. Intervino tambien el legado apostólico entre estos reyes, y por su medio se concordaron. El rey de Navarra restituyó al de Castilla las ciudades de Logroño y Victoria; demas desto se concertaron desposorios entre doña Leonor, hija de D. Enrique, y don Carlos, hijo del rey de Navarra, y que se diesen al navarro ciento y veinte mil escudos de oro pagados á ciertos plazos por razon de la dote, y en recompensa de lo que tenía gastado en la fortificacion y reparos de los dichos pueblos que entregó al de Castilla. Viéronse los reyes en Briones, villa que está á los mojones de los dos reinos; allí se hicieron los desposorios de los dos infantes D. Carlos y doña Leonor, y por prenda y mayor firmeza destas paces, el rey de Navarra envió á Castilla al infante D. Pedro,



que era el menor de sus hijos, para que se criase en ella.

Cuando el rey de Navarra volvió de Francia en España, halló que D. Bernardo, obispo de Pamplona, y Cruzate, dean de Tudela, los que arriba dijimos dejó por coadjutores de la reina para lo tocante al gobierno, no habian administrado las cosas como era razon y eran obligados; indignóse mucho contra ellos, tanto, que de miedo se ausentaron fuera del reino; el dean fué por asechanzas muerto en el camino, sospechóse que por mandado del rey; el obispo fué más dichoso, que tuvo lugar de huirse en Avignon; de allí pasó á Roma con el papa Gregorio, y murió en Italia sin volver más á España. Tales fines suelen tener los que no corresponden á la confianza que dellos hacen los principes, aunque tambien es verdad que muchas veces en los reinos se peca á costa y riesgo de los que gobiernan, sin culpa ninguna suya; esto especialmente acontece cuando los reyes son fieros é implacables, como se refiere lo era el rey Carlos de Navarra.

Despedidas las vistas de Briones, y asentada la esperanza de la paz de España, el rey de Castilla se fué al reino de Toledo, y el de Navarra se tornó á su reino, dende envió á la reina su mujer á Francia para que aplacase y satisfaciese aquel rey, que estaba malamente airado contra él por entender hobiese persuadido á ciertos hombres que le diesen hierbas, los cuales fueron presos, y convencidos del delito pagaron con las cabezas. El navarro, partida su mujer, fué en persona á la villa de Madrid para tratar con el rey D. Enrique que dejase la parte de Francia, y favoreciese á los ingleses; que si pagaba lo que el rey D. Pedro debía al príncipe de Gáles del sueldo que él y sus soldados ganaron cuando vinieron á Castilla á restituirle en el reino, el rey de Inglaterra y sus hijos el príncipe y el duque de Alencastre se apartarian de la demanda del reino de Castilla y de los demas derechos que contra él pretendian. Respondió el de Castilla que en ninguna manera desampararia al rey de Francia ni dejaria su amistad, ca tenía muy en la memoria el grande amparo que halló en él cuando salió huido de Castilla; todavia si ellos hiciesen pa-

ces con Francia, que de muy buena gana entraria á la parte y satisfaria con dineros á los ingleses cuanto señalasen los jueces que para arbitrarlo se podrian nombrar de conformidad. Con tanto, el navarro, sin alcanzar lo que pretendia, se volvió á Pamplona; D. Enrique partió para el Andalucía.

Siguióse otra pretension y demanda de una buena parte de Castilla. La condesa doña María, hija de D. Fernando de la Cerda y de doña Juana, hermana de D. Juan de Lara el Tuerto, en Francia casára con el conde de Alanzon, nobilísimo señor de la sangre real de Francia, de quien tenía muchos hijos; envió un embajador á pedir al rey le mandase entregar los estados de Vizcaya y Lara, que por ser hija de doña Juana de Lara y ser muertos todos los que la precedian en derecho, le pertenecian. Venido el rey del Andalucía á Búrgos, se trató en aquella ciudad este negocio, que tuvo muy apretados al rey y á su consejo; por una parte parecia que esta señora pedia razon en que se la admitiese su demanda y se le hiciese justicia; por otra era cosa dura, y de que podian resultar grandes daños, enagenar dos estados de los más grandes y más ricos de Castilla, y ponerlos en poder de franceses.

Despues de muchas consultas y acuerdos respondió el rey con artificio á la condesa holgaria volviesen estos estados á su casa, á tal que le enviase para dárselos dos hijos que se quedasen á vivir en su córte; que Vizcaya y Lara eran tan grandes señoríos, que era forzoso á los reyes de valerse muchas veces del servicio de los señores que los poseian, y por esta causa no podian dejar de residir dentro del reino. Con esta apariencia de buen despacho, y de venir en lo justo, fué despedido el embajador; mas bien se entendió que no le daban nada, por ser cosa cierta que ninguno de los cinco hijos que tenía la condesa aceptaria la oferta del rey, como ninguno lo aceptó. Los tres poseian en su tierra tres grandes condados, de Alanzon, Percha y Estampas, y no se quisieron desnaturalizar de su patria, en que eran ricos y poderosos; los otros dos eran prelados, y no podian heredar estados seculares.

Por el mes de Octubre deste año, Baltasar



Espinula, ginovés, vino á Aragon con embajada de los ingleses para confederarse con aquel rey contra el de Castilla; prometianle en caso que se ganase aquel reino las ciudades de Murcia, Cuenca, Soria y todas las villas adyacentes á ellas. El de Aragon, oida esta demanda, como era sagaz y de grande ingenio no hizo caso destas ofertas, por tener en más la amistad del rey D. Enrique, que en aquella sazón era tenido por famoso capitán, muy poderoso por lo mucho que sus vasallos le querian, y le caía muy cerca de sus estados; además que era mucho de temer tomar por enemigo al que tenía tanta noticia de las cosas de Aragon, y en aquel reino muchos aficionados que ganára el tiempo que anduvo en él huido, y aún en Aragon se tenía entendido que Dios, con particular providencia, le puso de su mano en aquel reino, y le quitó á su contrario. Muchos asimismo se amedrentaban por señales que se vieron en el cielo, en especial un gran temblor de tierra que por el mes de Febrero sucedió en el condado de Ribagorza, con que se hundieron muchos pueblos. Los supersticiosos interpretaban que por aquella parte amenazaba algun gran desastre al reino. Dióse á esto más crédito porque en los confines de Ruisellon se vian ya juntas muchas compañías de hombres de armas francesas, que tenía asoldadas el infante de Mallorca para hacer guerra en aquel estado. En fin, los pretensos de los ingleses salieron vanos, y por medio de D. Luis, duque de Anjou, se comenzó á tratar con mucho calor la paz en tre Aragon y Castilla.

Vino el duque á Carasona con deseo de efectuar estas amistades, por miedo que tenía, si las discordias se continuaban, no se apoderasen de España los ingleses, capitales enemigos de Francia. Enviáronse á Aragon embajadores sobre este hecho: pedia D. Enrique que la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon, que estaba prometida á su hijo el infante don Juan, le fuese entregada. No rehusaba el aragones de hacer cosa tan justa, si D. Enrique le entregase aquellas ciudades que le tenía prometidas. Excusaba él de darlas: alegaba que no tenía obligacion á cumplir aquella promesa, pues no sólo no le ayudó cuando andaba

huido y desterrado, ántes hizo liga contra él con su cruel enemigo. Finalmente se concordaron de dejar sus diferencias en mano del legado el cardenal Guido de Boloña, que fué al presente más dichoso que ántes en hacer las paces entre los españoles.

En el tiempo que estas cosas se trataban en Aragon, en quince de Octubre el papa Gregorio XI confirmó la regla de los monjes, que comunmente en España se llaman frailes de San Jerónimo, cuyo instituto es aventajarse á las demas religiones en guardar con gran paciencia una estrecha y loable clausura, y ocuparse los dias y las noches con suavísimo canto y dulce melodía en perpétuas alabanzas de Dios: ha crecido mucho en España esta religion, y poseen muchas y muy ricas casas de magníficos y suntuosísimos edificios. El hábito destes religiosos es las túnicas y lo interior de lana blanca, las capas de paño burriel. Dieron principio á esta santa religion ciertos ermitanos italianos, que encendidos con el deseo de servir á Nuestro Señor, hicieron su habitacion en un lugar apartado cerca de la ciudad de Toledo, en que al presente está el monasterio de aquella orden, llamado de la Sista, del nombre de una aldea que allí estaba antiguamente. Creció la opinion de su santidad; con que tomaron su modo de vivir y se le juntaron algunos hombres principales, que fueron Fernando Yañez, capellan mayor de los reyes viejos y canónigo de la santa iglesia de Toledo, y don Alonso Pecha, obispo de Jaen, que renunció su obispado, y su hermano Pedro Fernandez Pecha, camarero que fuera del rey D. Pedro. El primer monasterio que se fundó debajo destas constituciones y regla, fué junto á la ciudad de Guadalajara, encima de un pueblo que se llama Lupiana, en una ermita que les dió este mismo año el arzobispo D. Gomez Manrique. Despues, por la magnificencia de los reyes y otros señores de Castilla, se han edificado otras muchas casas. Los años adelante salió tambien desta religion la de los isidorianos, ó Isidros.

En el mes de Diciembre, como quier que no se concertasen las paces entre los reyes de Castilla y de Aragon, se hicieron treguas hasta el



dia de Pentecostés, Pascua de Espíritu Santo: asentaron estas treguas los procuradores destes reyes, que fueron por el de Aragon, don Juan, conde de Ampurias su primo hermano y yerno, ca estaba casado con doña Juana, hija del rey, y por el de Castilla Juan Ramirez de Arellano, señor de los Cameros. En el año de mil trescientos setenta y cuatro, Juan, duque de Alencastre con un grueso ejército pasó al puerto de Cales llamado Iccio por los antiguos, que está en los Morinos, provincia de la Gallia Bélgica. Juntóse con él Juan de Monforte, duque de Bretaña, que andaba en deservicio del rey de Francia, y favorecia á los ingleses por estar casado con una hermana del de Alencastre. Entraron estos príncipes con sus gentes en el Artoes y Vermandoes: hicieron gran estrago en los campos, villas y aldeas que topaban, y hartos ya de los robos y muertes con que dejaron asoladas aquellas provincias, enderezaron su camino al ducado de Guiena; y pasado el rio Ligeris, llamado hoy Loire, llegaron á Burdeos con pensamiento de entrar en España y conquistar el reino de Castilla. Enviaron sus embajadores á los reyes de Aragon y de Navarra para que les asistiesen y ayudasen; mas el aragones y el navarro eran prudentes y sagaces: no quisieron, por una esperanza incierta de intereses, ponerse en un peligro cierto de ser destruidos, sino como muchos hombres suelen hacer, les pareció sería mejor estarse á la mira, y tomar el partido conforme las cosas se encaminasen.

El rey D. Enrique, avisado de la tempestad que sobre él venia, estaba con gran cuidado. Acudió á Búrgos para resistir y juntar sus gentes de todas las partes del reino, y hacer de nuevo otras muchas compañías. Llamó particularmente á los soldados viejos, cuyo valor tenía experimentado en las guerras pasadas. Acudieron al tanto todos los grandes con gran deseo de servir y acompañar á su rey. Los mismos que en las revueltas pasadas le fueron contrarios, en esta ocasion le querian recompensar, y con su diligencia y alegría dar ciertas muestras del amor y lealtad con que le servian, de suerte que los que de ántes andaban divisos en bandos y parcialidades, visto el ries-

go que corrian de ser señoreados por extraños, se juntaron en una conformidad para defender su patria y su libertad; verdad es que en diez y nueve de Marzo sucedió en aquella ciudad un gran desastre, que causó en todos gran pesar y tristeza, esto es, que el conde de Alburquerque D. Sancho, hermano del rey, por apaciguar una revuelta que se levantó entre sus soldados y los de Pero Gonzalez de Mendoza sobre las posadas, sin ser conocido, por ser la refriega de noche, fué herido en el rostro con una lanza por un hombre de armas, de que desde á un rato murió. Alborotóse el rey, como era razon, por la muerte tan desgraciada de su hermano, pero no hizo demostracion por suceder acaso y por ignorancia. La condesa doña Beatriz, mujer del muerto, quedó preñada y parió á doña Leonor, que casó con el infante don Fernando, adelante rey de Aragon.

Despues que el rey D. Enrique tuvo junto su ejército, partió de Búrgos, y cerca de la villa de Bañares hizo alarde: halló que tenía mil y doscientos caballos y cinco mil infantes, todos gentes escogida, y que con su valor suplian el pequeño número, y estaban prestos para acudir á la parte que fuese menester. Amenazaba esta hueste principalmente así á los de Aragon, porque ya espiraban las treguas, como á los ingleses de Francia, de quienes se tenía nuevas sordas que no pasaban ya en España, porque su ejército se hallaba muy menoscabado y menguado, á causa que Philipo, duque de Borgoña, y un famoso capitán, llamado Juan de Viena, que era almirante de Francia, vinieron en pos dellos, y por todo el camino les hicieron grandes daños, que de treinta mil combatientes que eran, casi no llegaron á seis mil cuando entraron en Burdeos. Ofreciase buena ocasion de hacer alguna cosa notable, y echar á los ingleses de toda Francia: parecia que ya la fortuna y buena dicha de la guerra los desamparaba y favorecia á los franceses. Luis, duque de Anjou, escribió al rey D. Enrique que juntasen sus fuerzas y cercasen á Bayona, ciudad de los antiguos Tarbellos. Decia que esto importaba mucho para ganar reputacion, si diesen á entender que eran poderosos no solamente para defenderse de sus enemigos, sino tam-